

el género aspiracional

Mi hermano es pintor, para mi gusto –nada objetivo por cierto–, es uno de los mejores que conozco. Le sobra talento, visión, humor, aunque tiene la desgracia de pintar y hacerlo bien, de enfrentarse pincel en mano con una tradición milenaria sin arrancar a los fáciles pastos de la provocación o el discurso mal traducido del franco-alemán. Para mí, eso siempre ha sido el arte, dialogar con Velázquez usando tus propios medios, tu propio mundo. La vanguardia, esa temerosa forma de valentía, esa mediocre forma de originalidad una y otra vez considera el diálogo de antemano roto para no tener que asumir el riesgo de agacharse ante el maestro y tratar de comprender su secreto. El arte de hoy es el laberinto uniforme de gente que quiere ante todo ser diferente de la misma manera.

sesenta años también la gente de teatro– dependemos raramente del capricho de un coleccionista o de la aprobación de un estamento estatal, de una fundación privada o del beneplácito de un Estado. Nuestro arte se vende masivamente a un número indeterminado de personas que no necesitan ser exageradamente ricas o cultas para elegirnos o descartarnos. Nuestra novela puede querer tener aura, pero cada ejemplar de ella no lo tiene, o tiene el mismo que un paquete de chocolate o dos puros Montecristo.

Mientras las artes plásticas y la poesía son aún un arte aristocrático, la narrativa es por fuerza un arte de clase media. El éxito y el fracaso dependen del prestigio, como en las otras artes, pero el prestigio sirve de poco si tus libros desanimados se quedan en el estante y no se convierten en conversación de sobremesa entre jubilados, dueñas de casa o profesores frustrados. Mientras al poeta le basta probar que es, y al artista que tiene estilo, el novelista tiene que hacer todo eso pero además convencer.

¿Qué otra cosa hacen, por lo demás, los políticos que someter a los electores relatos sobre la realidad? ¿No usan los escritores la misma demagogia, las mismas mentiras, la misma facilidad de palabras para que los lectores (esos electores sin e) plebisciten su obra? ¿No está el mundo de los narradores lleno de la misma fauna que la política: populacheros, manipuladores de masas, y de pronto un Churchill, un De Gaulle, un Allende?

Una y otra vez los nobles de nacimiento, los simples snobs (Borges para no ir más lejos) y los proletariados enmarcados declaran muerta la novela. Una y otra vez la culposa clase media narradora está dispuesta a acatar el mandato, para en silencio volver a contar la misma historia, una y otra vez, una y otra vez. Las grandes esperanzas, una y otra vez, las Ilusiones Perdidas, siempre una y otra vez la misma novela: La historia de un joven de provincia que viene a la capital, o una niña, o un viejo que aspira a ese mundo de libros encantados donde todos son nobles y nadie sorbe a escondidas lo que le queda de sopa. Esa historia, pero

r. gumucio

LA NARRATIVA ES POR FUERZA UN ARTE DE CLASE MEDIA

Como en el mundo de la poesía, en las artes plásticas flotan en el mismo magma genios absolutos y absolutos mediocres con discurso, todos a la espera de esta escasa recompensa que se llama prestigio, entregado éste por el Estado, la universidad o los coleccionistas. Es por ello la patria misma de los falsarios, de los ideólogos, de los estériles. Los poetas, como los artistas plásticos, viven de becas, gobiernos o mecenas privados y son por ello mismo, por obligación, a la vez amantes de los millonarios y de sus excesos, pero al mismo tiempo –porque eso es lo que las universidades compran– rompedores y de izquierda. La popularidad no tiene –generalmente– demasiada importancia para ellos. Esto permite en algunos casos una pureza completamente ausente del mundo de la narrativa, una radicalidad sana y envidiable, y en otros casos el reino de la charlatanería, la picaresca más desatada, la obsecuencia y la mentira piadosa.

La poesía y las artes plásticas tienen aura, son por eso artes sacerdotales donde el trabajo consiste en demostrar al mundo que eres un elegido, que naciste poeta o artista. Los narradores –y los cineastas y los cantantes y hasta hace

La novela es un género aspiracional que, como buen burgués, confunde la seriedad con el número de páginas, el espesor con la opacidad, la inteligencia con el ingenio. Está entre medio, entre la épica y la sátira, entre la seriedad y la telenovela, entre el mundo popular y la alta cultura, entre el entretenimiento puro y el pensamiento impuro. Rastignac y Lucien de Rubempier, pero también el Quijote, Madame Bovary, David Copperfield, el narrador de la Búsqueda del tiempo perdido, y Leopold Bloom, las novelas cuentan una y otra vez la travesía del arribista, del snob, del hidalgo que quiere ser un caballero. Una historia una y otra vez autobiográfica; uno por uno los autores de estas obras pertenecen a una clase media incómoda, desheredados, hijos de deudores, primera generación de estudiantes, cobradores de impuestos, judíos ricos, o judíos pobres.

Los novelistas pueden odiar la democracia, las novelas no pueden vivir sin ella. El poeta puede postular a ser el sacerdote de la tribu, su oráculo, su chamán, el narrador necesita las elecciones, no puede contar con el rayo del cielo, se sabe momentáneo, parte de su arte se basa en no ser fundamentalmente distinto al resto.

también la contraria, la de una juventud dorada, la de una casa encantada llena de sirvientes y oro que una guerra, una borrachera, un rayo quemó para siempre.

Da lo mismo si se va hacia arriba o hacia abajo; mientras la poesía puede ser horizontal, en la novela siempre hay un arriba y un abajo, siempre una caída, un rebote, una impureza que expiar o de la que felicitarse. La novela es la historia de ese movimiento, la prueba de esa incomodidad, mientras la poesía es la confirmación de que detrás de ese movimiento lo esencial sigue sin moverse.

Rafael Gumucio
Santiago de Chile · 70